

## EL ESPEJO DE TINTA •

**JOSÉ ANDRÉS ARBUÉS**  
(Ejea de los Caballeros, 1982)  
Ingeniero técnico agrícola



Gran aficionado a la lectura, hace un par de años se decidió a juntar algunas letras y escribir pequeños relatos, resultando ganador en el Concurso de Microrrelatos Arcadia en 2016. En 2017 obtuvo el primer premio del Certamen de Literatura Miguel Artigas, del cual también ha sido finalista en este año 2018.

# Huellas en el barro (I)



**JUAN JOAQUÍN MARQUÉS** (Teruel, 1950) Maestro de Primaria jubilado, aficionado al mundo de la imagen desde muy joven. Es miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense desde 2009 y ha recibido varios premios en concursos locales, comarcales y provinciales de fotografía.

Este relato es un viaje imaginario realizado por un padre y un hijo a la infancia del primero, que recuerda sus vivencias a través de un paseo por los terrenos de Valchica, una finca de bastante importancia que existió en la realidad en los años 60 del siglo pasado, y que se encuentra situada en el término municipal de Ejea de los Caballeros, en la provincia de Zaragoza. Todos estos recuerdos los he tomado del testimonio oral de mi padre que en parte se crió en esas tierras, donde mi abuelo era mayoral.

Aunque los relatos que se recuerdan ocurrieron verdaderamente, los nombres de los personajes que en ellos aparecen no corresponden a ninguna persona real. Incluso se han cambiado los nombres de los animales de compañía. Igualmente, se ha tomado alguna licencia narrativa para encajar los relatos con la historia que los hilaba.

Yo no sabía nada de la enfermedad de mi padre cuando mi madre me pidió que lo llevara a dar una vuelta por los terrenos de

Valchica. Es cierto que algo me había dicho por teléfono, que habían ido a nosequé especialista médico, pero en ese instante estaba ocupado (un Barça-Real Madrid no es momento para prestar mucha atención) y mi mala cabeza había hecho el resto. Las siguientes veces que hablamos no me acordé de preguntar sobre el asunto y ella tampoco dijo nada, supongo que por no preocuparme.

-Pero mamá, ya sabes que este fin de semana me tocan los chicos y les había prometido llevarlos hoy al cine -le dije en un vano intento de quitarme de encima la que me había caído.

-El cine es a las siete. Tenéis tiempo más que de sobra, a tu padre con un par de horas le bastarán. Todos los viernes comía con mis padres, era mi única visita semanal. Mi madre y yo teníamos delante el café, mi padre ya se había acomodado en el sofá y miraba en la televisión un spaghetti western.

-Déjalo hijo, no pasa nada -dijo, sin apartar la mirada del televisor.

-Claro que pasa Mariano, llevas toda la semana hablando de la ilusión que te haría. Y tu hijo te va a llevar. La voz y la mirada de mi madre lo decían todo, no había opción a negarse. Valchica había sido una finca de gran importancia durante más de tres décadas a mediados del siglo XX. Se encontraba a unos veinte kilómetros del pueblo y en ella se cultivaba una gran superficie de tierra. Pero si por algo destacaba era por su ganado lanar y, sobre todo, por las afamadas reses bravas que allí se criaban. Mi abuelo había sido el mayoral de la hacienda hasta que el patrón envejeció y decidió venderla. A los nuevos propietarios les debió parecer que el antiguo dueño no era el único que había envejecido, porque cambiaron la producción de la finca de arriba abajo, se deshicieron de todo el ganado y despidieron a la mayoría de los trabajadores, incluido mi abuelo.

Mientras mi abuelo fue mayoral, siempre que podía se llevaba a sus hijos -mi padre y mi tío- para que ayudaran en las faenas. Mi

padre iba encantando, prefería el contacto con los trabajadores de la finca, aquellos hombres rudos y sudorosos pero alegres y dicharacheros, que el de la regla del maestro sobre la punta de los dedos cuando no recordaba el nombre de un río o de una cordillera. Aun así pocas veces se libraba del colegio, normalmente trabajaba en la finca los fines de semana y durante las vacaciones de verano, pero guardaba un indisoluble recuerdo de esos días.

-Está bien, iremos -mascullé resignado.

Una sonrisa asomó en el arrugado semblante de mi padre. Hasta ese día no me había dado cuenta de lo mayor que estaba. Los surcos de la vejez atravesaban su rostro, el arado del tiempo había sabido aprovechar el buen tempero de su piel. Varias manchas amarillentas, como hojas de un cerezo en otoño, se adivinaban en su sien derecha.

Se levantó y anunció que iba a prepararse para marcharnos, así que apuré el café de mala gana y me dispuse a hacer lo mismo. Cuando se marchó a su habita-

ción mi madre me apretó la mano y dijo:

-Le hará bien el paseo y estar a solas contigo...y a ti también. Tienes que aprovechar estos momentos con tu padre.

La verdad es que en ese momento no comprendí a qué venían esas palabras, mi padre y yo nunca hablábamos de nada con especial trascendencia. Ni tan siquiera cuando me divorcié habíamos comentado el tema. Mi padre se esforzaba en animarme, por supuesto, pero nunca mostró interés por los motivos de la separación -había engañado a mi mujer en varias ocasiones, hasta que se enteró por casualidad- pero tampoco yo había tratado de explicarle nada.

## El espejo de tinta

El fragmento de hoy forma parte del relato que ganó el primer premio en el certamen literario Miguel Artigas de Monreal del Campo en el año 2017. La imagen que lo ilustra la ha realizado un miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense.